

Recordando a

FRANCISCO CRESPÍN CUESTA

DESPUÉS de casi una década de ausencia de estas páginas, vuelvo a emborronar cuartillas con destino a la Revista de FERIA de Fernán Núñez. Para romper aquel silencio que me autoimpuse (reacción ante la actitud excesivamente “tuteladora” del poder y el vociferio insultante del antipoder), me asiste una razón poderosa: la desaparición de un hombre –Francisco CRESPÍN CUESTA– que dedicó buena parte de su vida y de sus afanes a rescatar y recuperar las señas de identidad de nuestro pasado y nuestra cultura.

Recordarle y homenajearle es un gesto obligado para quienes, como yo, le conocimos, le apreciamos, recibimos muchas veces su consejo y conocimos de su trabajo cultural incansable. Hacerlo, por otra parte, en estas páginas de la Revista de FERIA tiene el doble valor de ocupar el mismo espacio creativo que tantas

veces fue suyo y que, en algunos momentos, sostuvo individual y casi titánicamente frente al fantasma de la desaparición.

Precisamente el simple gesto de hojear las páginas de las viejas Revistas de FERIA da testimonio evidente e incontestable de la ingente aportación de este hombre, llegando al total convencimiento de mi impotencia e incapacidad para trasladar a estas líneas todo lo que trabajó, recogió, y aportó a nuestro legado cultural.

Como trazos biográficos previos –innecesarios para sus contemporáneos y convecinos, pero quizá convenientes para quienes se asomen a estas líneas desde otros lugares y desde otras cronologías– recordemos que Crespín –así le conocimos siempre– nació en 1919 en el muy cercano y fraterno pueblo de La

Victoria, donde vivió sus primeros años de escuela que tuvieron continuación en los estudios de Bachillerato en Córdoba y en los de Medicina y Cirugía Auxiliar en Cádiz. De este modo queda constituido uno de los pilares básicos en la vida de nuestro protagonista: la profesión médica, a la que dedicará callada y abnegadamente (no era precisamente una panacea de prosperidad el oficio de "practicante" de pueblo de aquellos años) todos sus esfuerzos, en un entorno sanitario difícil, precario y, muchas veces, deprimente.

Tanto en aquellos primeros momentos de medicina tercermundista como en los posteriores, en los que el sistema sanitario español se fue consolidando y robusteciendo, su labor profesional fue infatigable e intachable. Como igualmente lo fue la de su esposa—Doña Luisa Vargas Arroyo—, otra dignísima representante de ese colectivo profesional (*los practicantes, ATS* o como quiera llamárseles) que entregaron su vida recorriendo incansablemente y día a día—con su centro de salud particular en una pequeña cartera bajo el brazo— las calles de nuestro pueblos. Su recuerdo (junto con el de tantos otros practicantes) nos ofrece la imagen de un modelo de medicina ya olvidado y que nunca sería comprensible sin la entrega vocacional—casi sacerdotal— de aquellos hombres y mujeres al menester de velar por la salud de sus semejantes. Algún día habrá que recordarles y reconocerles una labor que estuvo presente a lo largo de toda nuestra vida; no en vano, a la gran mayoría de los que ya peinamos canas, aquellas *practicantes-matronas* ayudaron, incluso, a traernos al mundo.

Volviendo al personaje central de estas líneas—Francisco Crespín—, después de este dilatado período de ejercicio profesional en Fernán Núñez, culminó su carrera en el Hospital Reina Sofía de Córdoba, don-

de en pocos años supo ganarse el respeto, la admiración y el cariño de quienes le rodearon. En ningún momento—me confesaba un médico de aquel centro— se dejó entrever el más pequeño desfase entre los conocimientos y técnicas de los más jóvenes, formados en los últimos avances de la medicina de finales del siglo XX, y los de un hombre como Crespín Cuesta, cuyos estudios se realizaron medio siglo antes, transcurriendo la mayor parte de su vida profesional en el ámbito rural, alejado de la que suele ser más avanzada labor hospitalaria; en el mundo de la medicina—seguía mi interlocutor— ello sólo se entiende por un esfuerzo continuado y perseverante de estudio y actualización profesional.



EL DÍA DE SU BODA

Un segundo pilar fundamental en la vida de Crespín es el familiar, en un principio directamente vinculado con lo profesional, como lo asevera su ya comentado matrimonio—en 1949— con Doña Luisa Vargas Arroyo, colega también desde el lado femenino en este mismo oficio. La coincidencia



CRISPÍN CON ANDRÉS BERRAL

en edad y primeros estudios—que significó, además, una amistad dilatada en el tiempo— con uno de los dos hijos Crespín Vargas, me permitió adentrarme con cierta frecuencia en aquel ambiente familiar, conociendo ya entonces a un hombre serio, no muy hablador, pero siempre cortés, agradable y atento con los que visitábamos su casa; y sobre todo un hombre volcado—casi obsesionado— con facilitar y propiciar una correcta formación de sus hijos. Y de ello nos beneficiamos todos, pues nos proporcionaba acceso directo a la escasa literatura que, por entonces, circulaba en nuestro

entorno, así como a otros muchas formas de entretenimiento educativo propiciadas y favorecidas por el propio Crespín. Sirvan como ejemplo los casi "maratones" infantiles y juveniles de ajedrez que en aquella casa se disputaban y de los que el que suscri-

be –nunca destacado en este menester– se benefició al menos en el aprendizaje del juego y en la práctica más elemental del mismo.

Pero esta labor formativa y educativa volcada continuamente hacia los hijos era sólo una de las manifestaciones de su intensa vida familiar, pues Crespín no fue nunca –salvo en las obligadas cuestiones de su oficio– un hombre “de la calle”. Los escasos ratos de que disponía, después de las horas dedicadas a la profesión y al estudio, gustaba saborearlos en casa, en el ambiente familiar, junto a su esposa, a la que, a pesar de no ser Crespín un hombre vehemente ni fácil demostrador de emociones personales íntimas, consta sobradamente que adoraba y veneraba. Su fallecimiento supuso para él un duro golpe del que ya no se recuperaría totalmente y, de hecho, en su actividad intelectual y creadora hay claramente marcado un antes y un después de esta pérdida familiar.

Y el tercer pilar que sostiene, explica y da sentido a la vida de Francisco Crespín es el que se refiere al estudio, la investigación y la creación cultural, aspecto que justifica sobradamente el que dediquemos nuestro empeño a recordarle aquí y ahora.

Y siendo éste, desde luego, el aspecto más sobresaliente y señero en la vida de Crespín Cuesta, es a la vez el más difícil de tratar y considerar, pues su obra es tan amplia y tan diversa que resulta prácticamente imposible resumirla en unos folios. Recuerdo, al respecto, una larga conversación con él, preparatoria de lo que debía ser mi presentación a su intervención como Pregonero de la Semana Santa de Fernán Núñez, en la que me fue descubriendo facetas ignotas de su actividad intelectual y que superaban en mucho la imagen –ya de por sí densa y rica– de un Crespín Cuesta verdaderamente enciclopédico.

Sabíamos y conocíamos de su importante aportación histórica; sabíamos y conocíamos de sus aficiones literarias, pero lo que no podíamos imaginar es que, además, entre sus obras y proyectos se encontraban un catálogo de plantas y animales de Andalucía, un repertorio de fuentes, ríos, arroyos y manantiales de nuestra tierra y otras tantas obras verdaderamente curiosas; y todo ello, según me decía, ilustrado además con dibujos y croquis salidos de su propia mano.

Esta faceta de naturalista autodidacta, en línea directa con la pasión por la naturaleza de aquel mundo campesino que vivió en su niñez, resultaba para mí totalmente desconocida, al igual que lo será para muchos su importante y significativa obra literaria. Que

yo recuerde, de toda esta aportación a la literatura de Crespín, al margen de poemas sueltos en la Revista de Feria, tan sólo ha sido publicado un cuadernillo titulado “*Mi Vieja Lira*” que acompañaba a la Revista de Feria de 1987. Sin embargo, bueno es que quede constancia que, además de aquellos poemas, en las alforjas literarias de Crespín se guardan relatos de todo tipo, poemas épicos, novelas históricas (alguna publicada, como la titulada “*El renegado cordobés Solimán del Pozo*”), obras de teatro e, incluso, un auto sacramental en el que se lleva a esta forma literaria de expresión los orígenes de la villa de Fernán Núñez.

Pero toda ésta, que podía haber sido una importante y significativa aportación creativa para cualquiera, quedó siempre en segundo lugar oscurecida por lo que fue el eje, centro y el núcleo de la pasión intelectual de Crespín Cuesta: la Historia, parcela ésta también en la que cosechará los frutos más maduros y selectos de su producción y por la que merecerá distinciones como su ingreso en la Real Academia de Córdoba de Ciencias Bellas Letras y Nobles Artes, su designación como Cronista Oficial de las Villas de Fernán Núñez y La Victoria, miembro de la Academia Literaria Wallada, de la Asociación Amigos de Córdoba y de la Asociación Colegial de Escritores Españoles y, en los últimos años de su vida, el nombramiento como Hijo Adoptivo de la Villa de Fernán Núñez. Cierra esta nómina de honores y distinciones el que recibió, a título póstumo, con motivo de las celebraciones del Día de Andalucía de este mismo año del 2001: Hijo Predilecto de la villa de La Victoria.

Reseñar y destacar las aportaciones por las que Crespín Cuesta recibió éstas –y otras no mencionadas– distinciones, resultaría prolijo y compondría una tan larguísima relación de títulos que llegarían a aburrir al lector. Por ello prefiero centrarme en lo esencial y decir que cualquiera que esté interesado por conocer la investigación histórica de Crespín debe dirigirse a tres fuentes principales:

- a) Una gran cantidad de trabajos cortos, breves monografías sabiamente trazadas y rápidamente resueltas, que pueden ser leídas en la Revista de Feria de Fernán Núñez; y ello, al menos de lo que ya tengo noticias y constancia, desde la década de 1960. Su temática se refiere siempre a situaciones, problemas o cuestiones muy concretas y



CRESPÍN CON SUS NIETOS

específicas relacionadas con nuestra historia local.

- b) Trabajos de mayor extensión y contenido, artículos propiamente de investigación histórica, integrados dentro de revistas especializadas, que por su extensión y por el lugar de su publicación no pueden ser definidos como libros, pero que se le asemejan bastante por su temática, más general, amplia y ambiciosa. El Boletín de la Real Academia de Córdoba acogió una buena representación de estos trabajos.
- c) Libros propiamente dichos, trabajos de conjunto, en los que el tema considerado se trata exhaustiva y detenidamente, con mirada prácticamente enciclopédica, expresando al máximo las fuentes históricas y presentando como resultado final un producto que puede y debe ser calificado de “erudito”, siempre en la mejor y más positiva acepción del término, pues también suele usarse a veces, como es bien sabido, peyorativamente. En este apartado concreto

tres aportaciones hay que destacar: *Piedras y Cruces*, su *Historia de la villa de la Victoria* y, muy especialmente, su obra más completa y representativa: *La Historia de la villa de Fernán Núñez*, obra, por cierto, totalmente agotada y que habrá que ir pensando en reeditar.

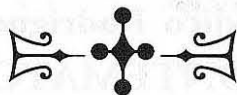
Y hasta aquí la semblanza –siempre incompleta– de Francisco Crespín Cuesta, en quien la condición de intelectual reconocido y consagrado se aunaba con un carácter a la vez humilde y sencillo. En el momento de su muerte (el primero de diciembre de 2000), al tiempo que rememoraba los detalles concretos de mi vieja relación con él, no podía por menos que concluir que con la pérdida de Crespín Cuesta se rompe otro eslabón de lo que fue, en Fernán Núñez, la generación intelectual y artística de la posguerra, en la que se integraron también Alfonso Zurita, Bartolomé Almenara y Alfonso Yuste, y de la que conservamos –estoy seguro y deseo que por mucho tiempo– a nuestro Juan Polo.

Conocerlos, tratarlos y confraternizar con todos ellos –a pesar de la diferencia de edad– ha sido un

privilegio del que hemos disfrutado muchos de nosotros, derivándose como consecuencia un magisterio que tan sólo el tiempo nos permitirá reconocer en su verdadera dimensión. Sabiendo, como sabemos, que llenar el espacio cultural que ellos ocuparon será bien difícil, nos queda, como manifestación de nuestro afán de superación, el reconocimiento y la honra hacia su trabajo y esfuerzo.

En el caso de Crespín, después de que el reconocimiento de todo lo anterior se plasmara en la distinción con el título de Hijo Adoptivo de Fernán Núñez, ignoro si desde las instancias oficiales se prepara alguna otra forma de honrar su memoria. Por nuestra parte, desde ese hermoso e ilusionador proyecto que

denominamos "*Ediciones Puerta de la Villa*", trabajamos ya junto con sus familiares para localizar una obra —que tenemos constancia que existe— acerca de la historia, diversas denominaciones y personajes históricos de las calles del viejo casco urbano de Fernán Núñez. Dar a la luz su trabajo (como hicimos antes con el viejo códice de la "*Vida de Santa Marina*" y las obras de Alfonso Yuste y Juan Velasco) será nuestro humilde pero sincero homenaje póstumo a quien dedicó su vida entera al afán de descubrir los cimientos del pasado en que se asienta nuestro presente, en el convencimiento de que sólo puede amarse lo que se conoce. En ese sentido y si ello es verdad, Francisco Crespín Cuesta amó como pocos a este pequeño punto del planeta que se llama Fernán Núñez.



FARMACIA
CARACUEL

“
ÓPTICA

☉
COSMÉTICA